

Retrato de G D C



Fernando Maglia

PUBLICADO EN

Año 1 · N° 1 · Julio 2026

Páginas 129 a 131

DIRECCIÓN Y EDICIÓN

Marcelo Toledo

EDITORIAL

Empty Music Edition New York

Nueva York, Estados Unidos

Ver la revista completa y su índice

REFERENCIA DEL ARTÍCULO

Maglia, Fernando (2026). «Retrato de G D C». *Fuentes Primarias*, año 1, n° 1, pp. 129-131.

El artículo conserva el diseño y la numeración de la publicación original.

Retrato de G D C

Fernando Maglia

Acaso era otoño. A la sazón yo tendría 19 o 20 años, cursaba en el conservatorio y simultáneamente mi 2.º año de Ingeniería Industrial, cuando un día un compañero me dice: —Voy a la casa de GDC, ¿querés acompañarme? Ese fue el comienzo del deslumbramiento ante una persona que rompe todos los parámetros de la “normalidad”.

Sentado y apoyado sobre una mesa sencilla (no hay en él ningún atisbo de ostentación, más bien todo lo contrario), sobre la cual había suficiente cantidad de hojas pentagramadas; y él, escribiendo sobre una de ellas con una fluidez de alguien que escribe una carta rápida a sus padres. Pero no, lo que dibujaba esa *Rotring* de tinta negra eran símbolos musicales limpios, contundentes, impecables, listos para editar. La velocidad de su escritura era sorprendente, casi la de una impresora. Sus herramientas eran una pequeña regla de plástico cortada de unos 4 cm y su juego de puntas *Rotring*, ningún elemento para borrar...

Mi amigo nos presentó y, apenas levantando la cabeza, Gabriel saludó amablemente, pero sin abandonar su febril escritura, mientras me preguntaba qué es lo que yo hacía y alguna que otra formalidad.

Hablaba y escribía en limpio, al mismo tiempo, con tinta negra y sin borradores o anotaciones anexas, una obra para violoncello cuya grafía yo todavía no entendía del todo, una extraña alquimia en tiempo real.

Cierta vez le pregunté cómo lograba eso, aparentemente “sin pensar”, sin dudar nunca... su respuesta fue: yo salgo a caminar y durante el trayecto puedo imaginar en detalle una obra sinfónica completa, y luego resta “descargar” esa información —es decir, copiarla de su mente y dejarla escrita.

Recuerdo una de sus obras, para piano, formalizada en varios números cortos en cuyo margen derecho decía aproximadamente (1.er número) “Sierra de la Ventana, 12 hs. 15’”, la segunda “Sierra de la Ventana 15 hs 23’”, la tercera “S. de la Ventana 17 hs 40’”, etc. (las cifras no son exactas, pero era algo así). Gabriel se encerraba en su casa de Sierra de la Ventana, a 120 km de su casa en Bahía Blanca y pasaba temporadas en ella, a veces con su flia. Y luego totalmente solo. Por supuesto, inmediatamente le pedí clases de composición, a lo que siempre se negó alegando —y yo a vos qué puedo enseñarte—, a lo que indefectiblemente yo respondía: ¡todo!

Más adelante llegó el tiempo de mostrarnos mutuamente nuestras partituras, yo ponía sobre una gran mesa una y él traía una cantidad imposible de ver en una tarde; siempre, mate de por medio, nos pasábamos tardes maravillosas de aliento mutuo ante una realidad de muy poco estímulo. En una ocasión trajo cuatro cuartetos de cuerda y me explicó que se podían tocar en forma sucesiva o de manera vertical, los cuatro superpuestos. Otra vez le mostré mi sonata para guitarra y, ante su expresión —Che, ¡qué interesante!—, siguió la composición, de su parte, de una serie de obras para guitarra y una cantidad de sonatas para el instrumento realmente asombroso y, ante mi grito de —¡genial!—, él siempre respondía —¿Te parece, che?

Campechano, sencillo y generoso, tenía otra virtud realmente remarcable: su infinita memoria. Gabriel estaba o está haciendo un monumental diccionario universal de la música. En pequeñas tarjetas de cartulina renglonadas escribía los datos de cuántos compositores hayan existido o existen y las guardaba prolijamente en cajas de zapatos. Son tantas que el garaje en donde guarda su auto está atiborrado de estantes en donde coloca esas cajas.

En otro encuentro le comentaba que estaba por dar un concierto y tocaba una obra de un francés realmente desconocido cuyo nombre ahora no recuerdo, cuando le pregunté, me dice —ah, sí, tal compositor, nació en tal año, murió en tal y vivió en tal región de Francia, compuso mayormente sonatas de trío, etc., etc.— totalmente de memoria. Ante mi asombro, me dice: —¿Qué querés que haga? Todo lo que leo o escribo me lo acuerdo de memoria.

Leía muchísimo y le gusta el cine de culto y escribe... En medio de una charla nos decía: —¿Quieren que les escriba unos haikus? Y, en medio de nuestras conversaciones y del ruido de fondo, él escribía unos poemas preciosos con el rigor absoluto silábico del haiku.

Pero el interés de Gabriel se expandía hacia todas las disciplinas; era licenciado en química y un paper suyo le valió la declaración de “ciudadano de interés para los EE. UU.”; sin embargo, ante la invitación prefirió quedarse en su ciudad y seguir con su mágica creación.

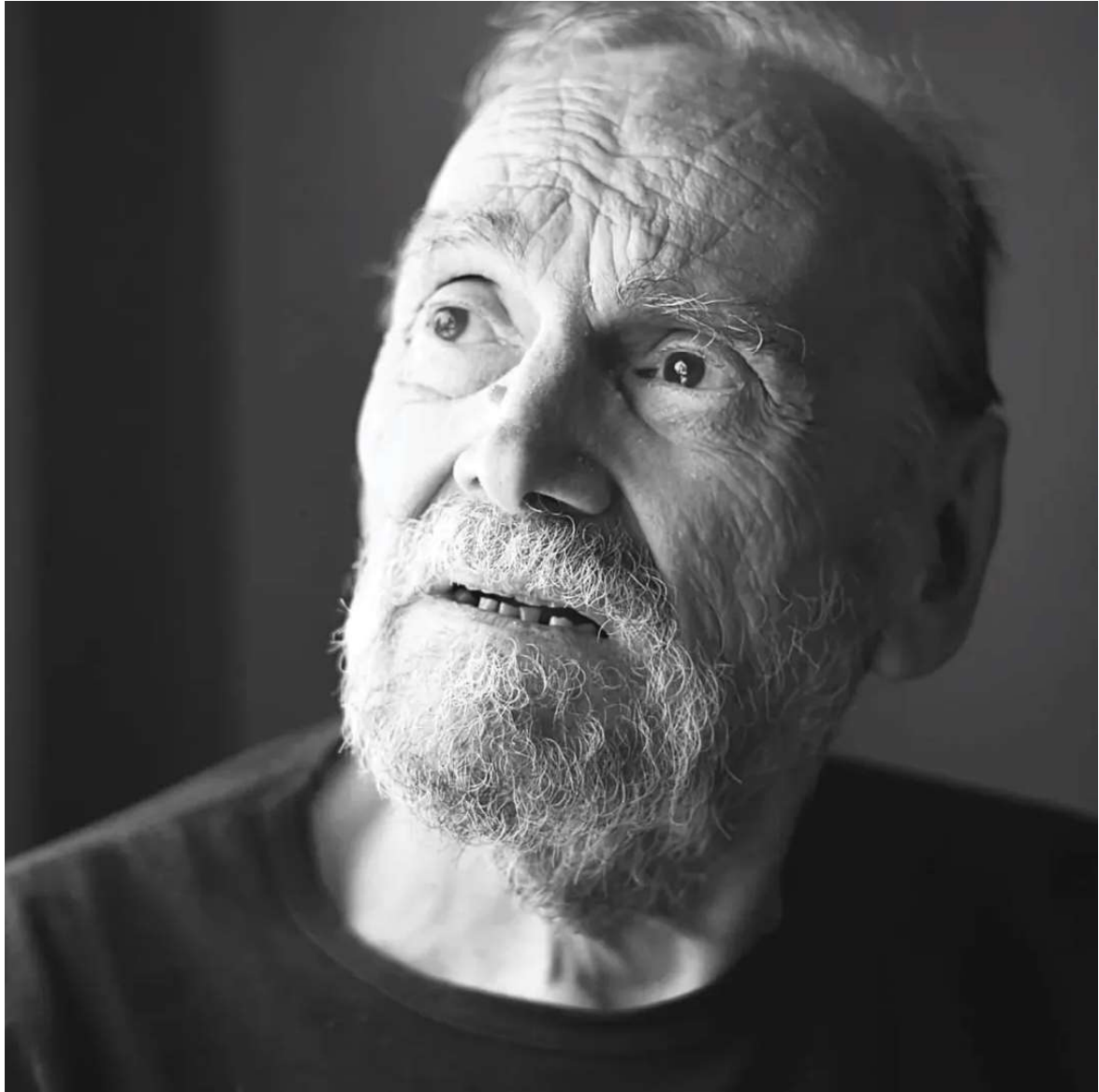
Desde su puesto de violinista en la Orquesta Sinfónica de Bahía Blanca, él aprendía con una avidez selectiva de las obras de los compositores clásicos: instrumentación, formas y estructuras, elaboración de los materiales, etc. Además de su parte, él siempre estudiaba la general.

Las anécdotas se agolpan en mi memoria y muchas seguramente se pierden...

Sí quedó en mí, como un engrama junguiano, el día que la Sinfónica de Bahía Blanca, bajo la dirección de Jordi Mora, discípulo de Celibidache, estrenó una obra suya y otra que

había escrito yo...mucho emoción y alegría.

Gabriel Di Cicco, como un faro, primero cerca y luego a la distancia, su luz está siempre presente y guía a quien quiera verla, muestra el camino, el único, con su talento genial —nunca conocí a nadie tan cerca de eso— y su constancia aguerrida en el trabajo.



Retrato de G.D.C. Créditos fotográficos: autor no identificado.